

De algun partido honesto y medio honroso  
 Nuestro intento y designios penetrase,  
 Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido  
 Segun el tiempo en lo que mas convino,  
 En una larga góndola metido  
 Sin mas se detener tomó el camino,  
 Y de los prestos remos impelido  
 En breve á nuestro alojamiento vino,  
 A donde sin estorbo libremente  
 Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento  
 Tres naves de las nuestras arribado  
 Llenas de armas, de gente y bastimento  
 Con que fué nuestro campo reforzado:  
 Era tanto el rumor y movimiento  
 Del bélico aparato, que admirado  
 El cauteloso Millalauco estuvo,  
 Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando  
 Por medio del bullicio atravesaba,  
 Los judiciosos ojos rodeando  
 Las armas, gente y ánimos notaba;  
 Y el negocio entre sí considerando  
 El deseado fin dificultaba,  
 Viendo cubierto el mar, llena la tierra  
 De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,  
 Hallándome con otros yo presente,  
 Con una moderada cortesía  
 Nos saludó á su modo alegremente,  
 Levantando la voz; pero la mia,  
 Que fatigada de cantar se siente,  
 No puede ya llevar un tono tanto,  
 Y así es fuerza dar fin en este canto.

## CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín.

Nunca negarse deben los oidos  
 A enemigos ni amigos sospechosos,  
 Que tanto os dejan mas apercebidos  
 Cuanto vos los teneis por cautelosos;  
 Escuchados serán mas entendidos  
 Ora sean verdaderos ó engañosos:  
 Que siempre por señales y razones  
 Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan  
 Con su máscara falsa y trato extraño,  
 Os despiertan, avisan, encaminan,  
 Y encubriendo descubren el engaño:  
 Veis el blanco y el fin adonde atinan,  
 El pro y el contra, el interés y el daño:  
 No hay plática tan doble y cautelosa  
 Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio  
 Que no se le penetre algun conceto,  
 Que las lenguas al fin hacen su oficio,  
 Y mas si el que oye sabe ser discreto:  
 Nunca el hablar dejó de dar indicio,  
 Ni el callar descubrió jamás secreto:  
 No hay cosa mas difícil, bien mirado  
 Que conocer un necio, si es callado.

Y es importante punto y necesario  
 Tener el capitán conocimiento  
 Del arte y condicion del adversario,  
 De la intencion, designio y fundamento;

Si es cuerdo y reportado ó temerario,  
De pesado ó ligero movimiento,  
Remiso ó diligente, incauto, astuto,  
Vario, indeterminable ó resolutivo.

Así vemos que el bárbaro senado  
Por saber la intencion del enemigo  
Al cauto Millalauco había enviado  
Debajo de figura y voz de amigo,  
Que con semblante y ánimo doblado,  
Mostrándose cortés, como atrás digo,  
El rostro á todas partes revolviendo  
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,  
A quien por bien de paz soy enviado  
Del araucano estado y señoría,  
Con voz y autoridad del gran senado:  
No penseis que el temor y cobardía  
Jamás nos haya á término llegado  
De usar, necesitados de remedio,  
De algún partido infame y torpe medio.

«Pues notorio os será lo que se extiende  
El nombre grande y crédito araucano,  
Que los extraños términos defiende  
Y asegura debajo de su mano;  
Y también de vosotros ya se entiende  
Que movidos de celo y fin cristiano  
Con gran moderación y disciplina  
Venís á derramar vuestra doctrina.

«Siendo pues esto así como la muestra  
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,  
Y la buena opinión y fama vuestra  
Con claras y altas voces lo publica:  
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,  
Y así á todos por mí se os certifica  
Que la ofrecida paz tan deseada  
Será por los caciques aceptada.

«Que el inclito senado habiendo oído  
De vuestra parte algunas relaciones,  
Con sábio acuerdo y parecer movido,  
Por legítimas causas y razones,  
Quiere aceptar la paz, quiere partido  
De lícitas y honestas condiciones,  
Para que no padezca tanta gente

Del pueblo simple y género inocente.

«Que si la fe inviolable y juramento  
De vuestra parte con amor pedido,  
Y el gracioso y seguro acogimiento  
De nuestra voluntad libre ofrecido,  
Pueden dar en las cosas firme asiento  
Con honra igual y lícito partido,  
Sin que los nuestros súbditos y estados  
Vengan por tiempo á ser menoscabados.

«A Carlos sin defensa y resistencia  
Por amigo y señor le admitiremos,  
Y el servicio indebido y obediencia  
De nuestra voluntad le ofreceremos;  
Mas si quereis llevarlo por violencia,  
Antes los propios hijos comeremos,  
Y veréis con valor nuestras espadas  
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

«Pero por trato llano sin recelo  
Podréis por vuestro rey alzar bandera,  
Que el estado las armas por el suelo  
Con los brazos abiertos os espera,  
Reconociendo que el benigno cielo  
Le llama á paz segura y duradera  
Quedando para siempre lo pasado  
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo  
A su modo y usanza una caricia,  
Siempre en su proceder satisfaciendo  
A nuestra voluntad y á su malicia;  
Y el bárbaro poder disminuyendo  
Nos aumentaba el ánimo y codicia,  
Dándonos á entender que había flaqueza  
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oída la embajada, don García  
Haciéndole gracioso acogimiento,  
En suma respondió que agradecía  
La propuesta amistad y ofrecimiento,  
Y que en nombre del rey satisfaría  
Su buena voluntad con tratamiento  
Que no solo no fuesen agraviados,  
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes  
Por mas confirmacion algunos dones,

Ropas de mil colores diferentes,  
Jotas, llautos, chaquiras y listones,  
Insignias y vestidos competentes  
A nobles capitanes y varones,  
Siendo de Millalauco recibido  
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia  
De amigo agradecido y obligado,  
Pidiendo al despedir grata licencia  
A la barca volvió que había dejado;  
Y con la acostumbrada diligencia  
Al tramontar del sol llegó al estado,  
Do recibido fué con alegría  
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasión presente  
Los caciques la junta dividieron,  
Y dando muestra de esparcir la gente  
A sus casas de paz se retrujeron,  
Adonde sin rumor secretamente  
Las engañosas armas previnieron,  
Moviendo del comun las voluntades  
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos  
Allí mas de dos meses estuvimos,  
Y á las lluvias y vientos rigurosos  
Del implacable invierno resistimos;  
Mas pasado este tiempo, deseosos  
De saber su intención, nos resolvimos  
En dejar el isleño alojamiento  
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes  
Fueron en nuestro campo apercebidos,  
Hombres trabajadores y valientes  
Entre los mas robustos escogidos,  
De armas y de instrumentos convenientes  
Secreta y sordamente prevenidos:  
Yo con ellos también, que vez ninguna  
Dejé de dar un tiento á la fortuna

Para que en un pequeño cerro exento  
Sobre la mar vecina relevado,  
Levantasen un muro de cimiento,  
De fondo y ancho foso rodeado,  
Donde pudiese estar sin detrimento

Nuestro pequeño ejército alojado,  
En cuanto los caballos arribaban,  
Que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderían  
La intención de los bárbaros dañada,  
Que en secreto las armas prevenían  
Con falso rostro y amistad doblada:  
De do si se moviesen les darían  
Algun asalto y súbita ruciada,  
Que quebrantando el ánimo y desnudo  
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginación fuera de tino  
Pensar que los soberbios araucanos  
Quisiesen de concordia algun camino  
Viéndose con las armas en las manos;  
Pero con la presteza que convino,  
Los ciento y treinta jóvenes lozanos  
Pasaron á la tierra sin ayuda  
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando  
Virgo alargaba apriesa el corto día  
Las variables horas restaurando  
Que usurpadas la noche le tenía,  
Antes que la alba fuese desterrando  
Las nocturnas estrellas, parecía  
La cumbre del collado levantada  
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones  
Abren los hondos fosos y señales;  
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,  
Hachas, sierras, segures y destraes,  
Cortan maderos gruesos y troncones,  
Y fijados en tierra con tapias  
Y trabazon de leños y faginas  
Levantaban los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente  
En la labor de la ciudad famosa  
Solicita, oficiosa y diligente  
Andaba en todas partes presurosa;  
Ni César levantó tan de repente  
En Dirrachio la cerca milagrosa,  
Con que cercó el ejército esparcido  
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada  
De una gruesa muralla la montaña,  
De fondo y ancho foso rodeada  
Con ocho gruesas piezas de campaña;  
Siendo á vista de Arauco levantada  
Bandera por Felipe rey de España,  
Tomando posesion de aquel estado  
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido  
De tanto atrevimiento y osadía,  
Entre la gente plática tenido  
Mas por temeridad que valentía,  
Que en el soberbio estado así temido  
Los ciento y treinta en poco mas de un día  
Pudiésemos salir con una cosa  
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,  
La cual luego segura al fuerte vino,  
Que el alto sitio y pólvora temida  
Hizo fácil y llano aquel camino;  
Por las anchas cortinas repartida  
Segun y por el órden que convino,  
Nos pusimos allí todos á una  
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera Fama, ya volando  
Por el distrito y término araucano,  
Iba de lengua en lengua acrecentando  
El abreviado ejército cristiano,  
La gente popular amedrentando  
Con un hueco rumor y estruendo vano,  
Que lo incierto á las veces certifica,  
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos  
De nuestros enemigos conjurados,  
No mirando á los tratos y partidos  
Por una parte y otra asegurados;  
Con súbita presteza apercebidos  
De municiones, armas y soldados,  
Sin aguardar á mas trataron luego  
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano  
Dos millas poco mas del fuerte asiento,  
El esforzado mozo Gracolano,

De gran disposicion y atrevimiento,  
Dijo en voz alta: «¡ Oh gran Caupolicano!  
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,  
Prometo que mañana en el asalto  
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

«Y porque á tí, señor, y á todos quiero  
Haceros de mis obras satisfechos,  
Con esta usada lanza me prefiero  
De abrir lugar por los contrarios pechos;  
Y que será mi brazo el que primero  
Barahuste las armas y pertrechos,  
Aunque mas dificulten la subida,  
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,  
Porque ya las estrellas se mostraban,  
Al fuerte en escuadron con paso presto  
Cubiertos de la noche se acercaban,  
Y en una gran barranca, oculto puesto,  
Al pié de la montaña reparaban,  
Aguardando en silencio aquella hora  
Que suele aparecer la clara Aurora.

Aquella noche yo mal sosegado  
Reposar un momento no podia,  
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado  
Que de escribir entonces yo tenia:  
Así imaginativo y desvelado  
Revolviendo la inquieta fantasía,  
Quise de algunas cosas desta historia  
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura  
En medio del reposo de la gente,  
Queriendo proseguir con mi escritura  
Me sobrevino un súbito accidente:  
Cortóme un hielo cada coyuntura,  
Turbóseme la vista de repente,  
Y procurando de esforzarme en vano  
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejarme, mas fué imposible  
Del accidente súbito impedido;  
Que el agudo dolor y mal sensible,  
Me privó del esfuerzo y del sentido;  
Pero pasado el término terrible,  
Y en mi primero ser restituido,

Del tormento quedé de tal manera  
 Cual si de larga enfermedad saliera.  
 Luego que con suspiros trabajados  
 Desfogando las ansias aflojaron,  
 Mis descaídos ojos agravados  
 Del gran quebrantamiento se cerraron :  
 Así los lasos miembros relajados  
 Al agradable sueño se entregaron,  
 Quedandop or entonces el sentido  
 En la mas noble parte recogido.  
 No bien al dulce sueño y al reposo  
 Dejado el quebrantado cuerpo habia,  
 Cuando oyendo un estruendo sonoro  
 Que estremecer la tierra parecia,  
 Con gesto altivo y término furioso  
 Delante una mujer se me ponía,  
 Que luego ví en su talle y gran persona  
 Ser la robusta y áspera Belona.  
 Vestida de los piés á la cintura,  
 De la cintura á la cabeza armada  
 De una escamosa y lúcida armadura ;  
 Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,  
 Blandiendo en la derecha la asta dura,  
 De las horribles Furias rodeada,  
 El rostro airado, la color teñida,  
 Toda de fuego bélico encendida.  
 La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!  
 El ánimo levanta y confianza,  
 Reconociendo el tiempo venturoso  
 Que te ofrece tu dicha y buena andanza :  
 Huye del ocio torpe y perezoso,  
 Ensancha el corazón y la esperanza,  
 Y aspira á mas de aquello que pretendes,  
 Que el cielo te es propicio si lo entiendes.  
 «Que viéndote á escribir aficionado  
 Como se muestra bien por el indicio,  
 Pues nunca te han la pluma destemplado  
 Las fieras armas y áspero ejercicio,  
 Tu trabajo tan fiel considerado,  
 Solo movida de mi mismo oficio  
 Te quiero yo llevar en una parte  
 Donde podrás sin limite ensancharte.  
 «En campo fértil, lleno de mil flores

En el cual hallarás materia llena  
 De guerras mas famosas y mayores,  
 Donde podrás alimentar la vena ;  
 Y si quieres de damas y de amores  
 En verso celebrar la dulce pena,  
 Tendrás mayor sujeto y hermosura,  
 Que en la pasada edad y en la futura.  
 «Sigueme,» dijo al fin: y yo admirado,  
 Viéndola revolver por donde vino,  
 Con paso largo y corazón osado  
 Comencé de seguir aquel camino,  
 Dejando del siniestro y diestro lado  
 Dos montes, que el Atlante y Apenino  
 Con gran parte no son de tal grandeza,  
 Ni de tanta espesura y aspereza.  
 Salimos á un gran campo, á do natura  
 Con mano liberal y artificiosa  
 Mostraba su caudal y hermosura  
 En la varia labor maravillosa,  
 Mezclando entre las hojas y verdura  
 El blanco lirio y encarnada rosa,  
 Junquillos, azahares y mosquetas,  
 Azucenas, jazmines y violetas.  
 Allí las claras fuentes murmurando  
 El deleitoso asiento atravesaban,  
 Y los templados vientos respirando  
 La verde yerba y flores alegraban.  
 Pues los pintados pájaros volando  
 Por los copados árboles cruzaban,  
 Formando con su canto y melodía  
 Una acorde y dulcísima armonía.  
 Por mil partes en corros derramadas  
 Vi gran copia de ninfas muy hermosas,  
 Unas en varios juegos ocupadas,  
 Otras cogiendo flores olorosas,  
 Otras suavemente y acordadas  
 Cantaban dulces letras amorosas,  
 Con cítaras y liras en las manos,  
 Diestros sátiros, faunos y silvanos.  
 Era el fresco lugar aparejado  
 Á todo pasatiempo y ejercicio :  
 Quién sigue ya de aquel, ya deste lado  
 De la casta Diana el duro oficio ;

Ora atraviesa el puerco, ora el venado,  
Ora salta la liebre, y con el vicio  
Gamuzas, capreolas y corcillas  
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando  
De la llanura al monte atravesaba;  
Quién el cerdoso puerco fatigando  
Los osados lebreles ayudaba;  
Quién con templados pájaros volando  
Las altaneras aves remontaba:  
Acá matan la garza, allá la cuerva,  
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento  
En forma de pirámide un collado,  
Redondo en igual círculo y exento,  
Sobre todas las tierras empinado:  
Y sin saber yo cómo, en un momento,  
De la fiera Belona arrebatado,  
En la mas alta cumbre dél me puso,  
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente  
Viéndome arriba, que mirar no osaba,  
Tanto que acá y allá medrosamente  
Los temerosos ojos rodeaba:  
Allí el templado céfiro clemente  
Lleno de olores varios respiraba,  
Hasta la cumbre altísima el collado  
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podría  
Un liviano nebli subir á vuelo,  
Y así no sin temor me parecía  
Mirando abajo estar cerca del cielo;  
De donde con la vista descubria  
La grande redondez del ancho suelo,  
Con los términos bárbaros ignotos  
Hasta los mas ocultos y remotos

Viéndome pues Belona allí subido  
Me dijo: «El poco tiempo que te queda  
Para que puedas ver lo prometido,  
Hace que detenerme mas no pueda:  
Mira aquel grueso ejército movido,  
El negro humo espeso y polvareda  
En el confin de Flándes y de Francia

Sobre una plaza fuerte de importancia.

«Despues que Cárlos Quinto hubo triunfado  
De tantos enemigos y naciones,  
Y como invicto principe hollado  
Las árticas y antárticas regiones,  
Triunfó de la fortuna y vano estado,  
Y asegura su fin y pretensiones,  
Dejando la imperial investidura  
En dichosa ocasion y coyuntura.

«Y movido de pio y santo celo  
Que del gobierno público tenia,  
Pareciéndole poco lo del suelo  
Segun lo que en el pecho concebía,  
Vuelta la mira y pretension al cielo,  
El peso que en los hombros sostenía  
Le puso en los del hijo, renunciados  
Todos sus reinos, títulos y estados.

«Viendo el hijo la próspera carrera  
Del victorioso padre retirado,  
Por hacer la esperanza verdadera  
Que siempre de sus obras habia dado,  
Por el principio y ocasion primera  
Aquel copioso ejército ha juntado,  
Para bajar de la enemiga Francia  
La presuncion, orgullo y arrogancia.

«Aquella es San Quintin que ves delante,  
Que en vano contraviene á su ruina,  
Presidio principal, plaza importante,  
Y del furor del gran Felipe dina:  
Hállase dentro della el almirante,  
Debajo cuyo mando y disciplina  
Está gran gente plática de guerra  
A la defensa y guarda de la tierra.

«En tres partes allí como se muestra  
El enemigo campo se reparte,  
Cáceres con su tercio á mano diestra,  
Donde está de Felipe el estandarte,  
El pronto Navarrete á la siniestra  
Con el conde de Mega, y de la parte  
Del Burgo Julian con tres naciones  
Españoles, tudescos y valones.

«Llegamos pues á tiempo que seguro  
Podrás ver la contienda porfiada,

Y sin escalas por el roto muro  
 Entrar los de Felipe á pura espada ;  
 Verás el fiero asalto y trance duro ,  
 Y al fin la fuerte Francia aportillada ,  
 Que al riguroso hado incontrastable  
 No hay defensa ni plaza inexpugnable.

«Conviéneme partir de aquí al momento  
 A meterme entre aquellos escuadrones ,  
 Y remover con nuevo encendimiento  
 Los unos y los otros corazones :  
 Tú desde aquí podrás mirar atento  
 Las diferentes armas y naciones ,  
 Y escribir de una y otra la fortuna ,  
 Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía  
 Por el aire en tropel se deslizaron ,  
 Y en un instante sin torcer la via ,  
 Cual presto rayo , á San Quintin bajaron :  
 Donde atizando el fuego ya que ardia  
 Con la amiga Discordia se juntaron ,  
 Que andaba entre las huestes y compañías  
 Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso ,  
 Por la señal postrera ya movido ,  
 En un turbion espeso y polvoroso  
 Corre al batido muro defendido.  
 ¿ Quién fuera de lenguaje tan copioso  
 Que pudiera explicar lo que aquí vido ?  
 Mas aunque mi caudal no llegue á tanto ,  
 Haré lo que pudiere en otro canto.

## CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin ; entra en ella victorioso ; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma  
 Reducir el valor vuestro y grandeza  
 A término pequeño y breve suma ,  
 Y á tan humilde estilo tanta alteza ?  
 Que aunque por campo próspero la pluma  
 Corra con fértil vena y ligereza ,  
 Tanto el sujeto y la materia arguye ,  
 Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto , creo  
 Que me será juzgado á desatino ,  
 Pues llegado á razon yo mismo veo  
 Que salgo de los términos á tino :  
 Mas de serviros siempre el gran deseo  
 Que siempre me ha tirado á este camino ,  
 Quizá adelgazará mi pluma ruda  
 Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor , del cual procede  
 Esta mi presuncion y atrevimiento ,  
 Es el que agora pido , y el que puede  
 Enriquecer mi pobre entendimiento :  
 Que si por vos , señor , se me concede  
 Lo que á nadie negais , soltaré al viento  
 Con ánimo la ronca voz medrosa ,  
 Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado  
 Por la justa razon con que lo pido ,  
 Espero que , señor , seré escuchado ,